

LAPALABRA

YELHOMBRE REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Luis J. Abejez

abejez@gmail.com

Laboratorio de Patrimonio y Turismo Cultural de la Universidad de
Barcelona y la Red Ibertur

Silvia Ma. Méndez Maín

smendez@uv.mx

Universidad Veracruzana

Los tres olvidos de 1918 y la pandemia por Covid-19

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 53, julio-septiembre 2020, pp. 27-31.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana

Dirección de Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Se atribuye a Marco Tulio Cicerón la cita: “Quien olvida su historia está condenado a repetirla”. Hay quien, por el contrario, cree que cada momento es único e irrepetible. Para muchos de los investigadores que hemos estudiado la pandemia de influenza de 1918, la actual pandemia por Covid-19 es, por así decirlo, perturbadoramente familiar. Los tiempos en los que se está propagando y las oleadas en las que aparentemente se produce, la gestión que se está haciendo, las medidas adoptadas, etc., son casi un calco de lo sucedido en 1918.

No deja de ser sorprendente que puedan establecerse paralelismos entre estos dos trágicos eventos separados por un siglo. Al fin y al cabo, las epidemias son en gran medida hijas de su tiempo y de las sociedades en las que se originan, y aparentemente el mundo que sufrió la pandemia de 1918 poco o nada tiene en común con el de 2020. O al menos eso creemos o queremos creer. Sin embargo, las semejanzas están ahí. ¿Acertó Cicerón en su aseveración?

Desde que en diciembre de 2019 las autoridades chinas notificaron la aparición de un brote epidémico por un nuevo coronavirus, el SARS-COV-2, la enfermedad se ha convertido en pandemia. A mediados de febrero de 2021¹ había provocado el contagio de más de cien millones de personas y la muerte de más de dos millones de ellas. En estos meses, la pandemia por Covid-19 ha sido frecuentemente comparada con la de influenza de 1918, la denominada “madre de todas las pandemias”, quizá la más mortal de la historia. En apenas dos años y en tres sucesivas oleadas, un tercio de la población mundial se contagió: cerca de 500 millones de personas, de las que fallecieron entre 50 y 100 millones; más de 300 000 únicamente en México.

LOS TRES OLVIDOS DE 1918 y la pandemia por COVID-19

Luis J. Abejez
y Silvia Ma. Méndez Maín

Por sus particulares características, el estudio de la pandemia de 1918 es imprescindible para analizar otras epidemias anteriores y posteriores. Como “maestra”, es una fuente de información comparativa fundamental para diseñar estrategias frente a nuevos brotes; implementar medidas, acciones, tratamientos, etc.; predecir potenciales riesgos, o servir de parámetro para definir el peor escenario posible, entre otros aspectos.

Por sus particulares características, el estudio de la pandemia de 1918 es imprescindible para analizar otras epidemias anteriores y posteriores. Como “maestra”, es una fuente de información comparativa fundamental para diseñar estrategias frente a nuevos brotes; implementar medidas, acciones, tratamientos, etc.; predecir potenciales riesgos, o servir de parámetro para definir el peor escenario posible, entre otros aspectos.

En estos días, sin embargo, parece que las lecciones supuestamente aprendidas de aquella catástrofe se han olvidado. Si realmente fue una “maestra”, ¿por qué la gestión de la actual pandemia aparenta ser un fracaso tanto a nivel social como político y científico?, ¿por qué predomina en la sociedad la percepción de que las

actuaciones sanitarias y las decisiones políticas han sido tardías, insuficientes e improvisadas?, ¿por qué una parte de esa sociedad rechaza las medidas aplicadas?

En el presente ensayo hacemos una breve reflexión sobre el triple olvido –social, académico y político– que sufrió la pandemia de influenza de 1918, y cómo este hecho ha condicionado el modo en que la sociedad está afrontando la pandemia por Covid-19. Analizar la pandemia de influenza de 1918, por tanto, permite observar la crisis actual desde otra perspectiva.

El olvido social

“Todos han estado enfermos de gripe. Hemos estado aquí asediados. Todos la han tenido, y nunca sabes quién será el próximo.

Parece que los más fuertes son los primeros”. Con estas palabras describió Thomas Wolfe (*Look Homeward, Angel*, 1929) la pandemia de influenza de 1918 y cómo se vivió. Descripciones semejantes no abundan en la literatura de la época ni en obras posteriores, pues son apenas un rescoldo del silencio que se creó en torno a la enfermedad desde sus primeros momentos.

Aunque a finales de la primavera de 1918 la pandemia era ya una realidad, las personas no la percibieron como un problema hasta que llegó a su ámbito más cercano. A ello contribuyó que los diferentes conflictos armados, especialmente la Gran Guerra, copaban los titulares de prensa, y que las naciones beligerantes silenciaron el avance de la enfermedad al considerar que tales noticias eran perjudiciales para la moral de la población.

Por otro lado, a medida que la tercera ola fue diluyéndose durante 1919, las noticias también lo hicieron, al igual que la memoria del drama padecido. Las grandes mortandades de la Gran Guerra, la Revolución rusa o la Revolución mexicana, entre otros conflictos, ocultaron a los fallecidos por la enfermedad, aunque fueron más del doble. Nadie los recordó en público, no hubo homenajes ni monumentos, y el dolor se vivió en la intimidad. Todos querían dejar atrás el horror vivido y avanzar hacia una nueva “normalidad”. Y el mundo olvidó.

¿Cuántos de nuestros mayores nos hablaron de la epidemia de 1918, del sufrimiento que vivieron o del que supieron? La mayoría recuerda la violencia de las guerras, el caos y el hambre, y de alguna enfermedad que, como la tuberculosis o la viruela, se llevó algún ser querido. Pero la influenza se desvaneció como si nunca hubiera existido. Tuvieron que pasar 50

Aunque a finales de la primavera de 1918 la pandemia era ya una realidad, las personas no la percibieron como un problema hasta que llegó a su ámbito más cercano. A ello contribuyó que los diferentes conflictos armados, especialmente la Gran Guerra, copaban los titulares de prensa, y que las naciones beligerantes silenciaron el avance de la enfermedad al considerar que tales noticias eran perjudiciales para la moral de la población.

años para que algunas personas que vivieron aquella tragedia “recordaran”, y más de mil setecientas de sus experiencias fueran recopiladas en una turbadora y emocional obra, *The Plague of the Spanish Lady: The Influenza Pandemic of 1918-1919*, de Richard Collier (1974).

La ausencia de la memoria colectiva de la “pandemia olvidada”, en palabras de Alfred Crosby, unido a que los avances médicos y en salubridad han convertido algunas enfermedades antes epidémicas en endémicas y/o crónicas, han alejado mentalmente a la población del conocimiento de lo que suponía la cotidianidad recurrente de las epidemias, ignorando lo que significa convivir con ellas. En la actualidad, tales catástrofes han

quedado reducidas a breves explosiones de mortalidad producidas en los márgenes de nuestra “avanzada” sociedad, es decir, entre sus sectores más depauperados y en países subdesarrollados, que por su situación se “asume” que están condenados a padecerlas.

Sin embargo, este alejamiento, que raya en la soberbia, nos hace vulnerables cuando tales catástrofes se producen entre nosotros: nos impide reaccionar con humildad, lo que incide en la rapidez y efectividad de las decisiones. La rebeldía, casi infantil, para aceptar las medidas impuestas, e incluso la negación, son consecuencia directa de nuestra falta de conocimiento sobre las epidemias y sus efectos. Y en esto la comunidad científica tiene una parte de culpa.

El olvido académico y científico

Cuando la pandemia de influenza estalló en la primavera de 1918, la enfermedad pasó ciertamente desapercibida para la comunidad médica, confundida con otras enfermedades infecciosas. En muchos países se ignoró durante largos meses, en los que las autoridades no tomaron medidas y, sobre todo, como ya se ha comentado, en los que no se difundió información por motivos políticos, a pesar de que ya se conocían sus devastadores efectos.

Los primeros trabajos científicos comenzaron a publicarse a partir de la segunda ola, en el otoño de 1918, cuando se produjeron la mayoría de los fallecimientos... y la Gran Guerra finalizaba. En años siguientes, en todo el mundo se publicaron estudios que analizaban su impacto, como los de Manuel Mazari (1919) y Rafael Carrillo (1920) para la Ciudad de México. La primera obra de síntesis, *Epidemic Influenza, a sur-*

vey, de E. O. Jordan, se publicó en 1927. Desde ese momento, el interés por la pandemia, e incluso por la enfermedad, declinó sustancialmente. La base de datos *PubMed*, especializada en ciencias de la salud, registra 273 resultados con la entrada *influenza* entre 1918 y 1928, mientras que entre 1929 y 1939 el número de publicaciones cayó a la mitad (132).

En las décadas siguientes, la “pandemia olvidada” apenas fue objeto de investigaciones médicas o históricas. Los brotes de gripe asiática (1957-1959) y de Hong Kong (1968); los inicios del SIDA en la década de 1980, y el incremento de brotes epidémicos a partir de la década siguiente (ébola, gripe aviar, SARS, gripe porcina, MERS, etc.) hicieron resurgir el interés por su estudio. Al mismo tiempo, los investigadores alertaban cada vez más del riesgo de sufrir una pandemia global y mortal, ante la cual la Organización Mundial de la Salud consideraba en 2019 que el mundo no estaba preparado. No obstante, estos estudios no trascendieron al público, que ha vivido ignorante de esta amenaza, ni tampoco fueron considerados por los políticos, más preocupados, como veremos, por otras cuestiones.

Igualmente, aunque la centenaria conmemoración de la pandemia de 1918 multiplicó las publicaciones sobre el tema, en los medios de comunicación solo se mostró un hecho histórico, como la Peste Negra medieval. No se reflexionó sobre el riesgo de vivir otra pandemia semejante ni sobre sus terribles efectos en la sociedad. Todo ello se contemplaba lejos, muy lejos, de la realidad del siglo XXI.

El olvido político

La ciudadanía tiene a menudo la impresión de que la política es aje-



Caminar

La “pandemia olvidada” apenas fue objeto de investigaciones médicas o históricas. Los brotes de gripe asiática (1957-1959) y de Hong Kong (1968); los inicios del SIDA en la década de 1980, y el incremento de brotes epidémicos a partir de la década siguiente [...] hicieron resurgir el interés por su estudio.

na a la realidad. En el caso de la pandemia de 1918, simplemente la ignoró al censurar una información considerada perjudicial en tiempo de guerra. Negar lo evidente nunca ha sido buena opción, ni en 1918 ni en la actualidad, y en cuestiones de salud siempre tiene nefastas consecuencias. Nunca sabremos cuántas víctimas fallecieron por ese bloqueo informativo que impidió tomar medidas mucho antes... ni quizá tampoco las de ahora.

En 1918, la mayoría de los países adoptaron medidas a partir de septiembre, cuando la enfermedad rebrotó con fuerza letal en todo el mundo. Para muchos, sin embargo, fue demasiado tarde. En México, por ejemplo, mientras que la enfermedad asolaba el país, sus



Casa común

representantes en el Congreso estaban más preocupados por sus disputas políticas que por la salud pública. Como voz clamando en el desierto, a mediados de octubre el doctor José Siurob mostró su indignación por la falta de atención que la Cámara de Diputados prestaba al avance de la enfermedad. Se presentó una propuesta de comisión para investigar las medidas que se adoptarían. Pero ya era tarde, y el saldo de muertos fue terrible.

Ante la pandemia por Covid-19, los políticos han olvidado esa lección y desoyen a los profesionales, que en gran medida basan sus recomendaciones en la experiencia de 1918. En aquel año, al no contar con una vacuna, que tardó casi treinta años en

producirse, ni tampoco antibióticos contra las infecciones, fue clave la aplicación rápida, contundente y sostenida en el tiempo de intervenciones no farmacológicas para evitar la propagación de la enfermedad y limitar el número de contagios. Hoy, como en 1918, y también sin una vacuna, se recomiendan las mismas medidas: aislamiento social, lavado frecuente de manos, cierre de escuelas e iglesias, prohibición de reuniones, desinfección de espacios comunes y enmascaramiento de la población. Y al igual que entonces, prácticamente cada ciudad ha decidido qué medidas adoptar y cómo aplicarlas, de modo que las consecuencias también están siendo muy desiguales en cada lugar.

Aunque la política es el reflejo de la sociedad y la sociedad olvidó la pandemia de 1918, la obligación de los políticos es prever lo imprevisible. En el siglo XXI, como alertaron los científicos, una pandemia no solo era previsible sino casi inevitable. Sin embargo, los políticos no solamente ignoraron la amenaza sino que con la excusa de la crisis económica de 2009 recortaron los presupuestos de la sanidad pública en muchos países. En 2020, y en plena pandemia, los políticos siguen más preocupados por la economía que por la salud pública. Cuestión de prioridades.

Finalmente, y no menos importante, es que en los últimos años se ha producido un crecimiento exponencial de la estupidez en el mundo, lo cual está afectando la gestión de la pandemia. Algunos dirigentes de países como Gran Bretaña, Brasil, Estados Unidos e incluso México se han sumado a las tesis negacionistas y/o conspiratorias, negando la efectividad de las medidas planteadas por los científicos y aludiendo a supuestas confabulaciones. Carlo María Cipolla, en su Teoría de la Estupidez (*Allegra ma non troppo*, 1988), señalaba que siempre se subestima el número de individuos estúpidos en circulación y el daño potencial que pueden provocar. Y en este caso es mucho, porque se traduce en muertes.

Comentarios finales

Ha pasado poco más de un siglo desde que apareció la pandemia de 1918 y parece que el triple olvido sigue estando presente y pasando factura. Desde el punto de vista científico, político o social, olvidar lo que significó convivir con aquella enfermedad, la tragedia que supuso, las consecuencias que tuvo a corto, medio y largo plazo, o simplemente desconocer

esa historia y las experiencias que de ella se desprenden, nos ha hecho mucho más vulnerables para afrontar la actual pandemia. Conocer es necesario para actuar, y en este sentido es relevante que aquellos países que sufrieron epidemias recientes, como el SARS en 2002 o la influenza de 2009, han sabido reaccionar con mayor rapidez y efectividad que los que, afortunadamente, no las padecieron.

La OMS advirtió en 2019 que el mundo no estaba preparado para una pandemia. Viendo cómo se está gestionando la Covid-19, no se equivocaba. Para afrontar una pandemia es necesario un sólido sistema público de salud, única alternativa para la mayoría de la población. En 1918, la salud pública era incipiente y las escasas infraestructuras sanitarias estaban afectadas por las guerras. En 2020, aunque se conocía la amenaza epidémica, largos años de políticas de austeridad y neoliberales han socavado la capacidad de respuesta de la sanidad pública. Las llamadas de ayuda de los profesionales en estos meses han sido dramáticas.

Asimismo, aquellos lugares que en 1918 aplicaron con celeridad medidas de cierre y aislamiento y las mantuvieron más tiempo tuvieron menor mortalidad que los que no lo hicieron. En 2020, los políticos han priorizado la economía sobre la salud, pero al hacerlo están provocando constantes rebrotes que, paradójicamente, prolongan las consecuencias de la enfermedad en la economía, agudizando las desigualdades sociales que son, en esencia, el germen de futuras enfermedades.

Por su parte, a pesar de las constantes alarmas, los científicos creyeron que esta pandemia sería semejante a una gripe y fácilmente

En 2020, aunque se conocía la amenaza epidémica, largos años de políticas de austeridad y neoliberales han socavado la capacidad de respuesta de la sanidad pública. Las llamadas de ayuda de los profesionales en estos meses han sido dramáticas.

controlable con los actuales avances médicos. No entendieron una lección de 1918: un nuevo virus es un nuevo escenario. La arrogancia les pudo y se equivocaron, creando una impresión general de incompetencia.

Los enfrentamientos entre científicos, entre políticos y entre todos ellos han creado un abismo de desconfianza con los ciudadanos que en estos momentos es especialmente desafortunado, a la par que peligroso. Las contradicciones y desacuerdos sobre el virus y las medidas, la mercantilización de la salud, las actuaciones erráticas e incoherentes impuestas por gobiernos vacilantes, y su opaca gestión de la información y de los datos han multiplicado no solo la percepción de inseguridad ante la pandemia sino quizás también de su gravedad misma.

La actual crisis sanitaria nos pone frente a un espejo como sociedad e individuos. Y no salimos bien parados. En una sociedad en donde prima la exaltación del individualismo, y la búsqueda del bien común es casi una entelequia, no es extraño que las medidas adoptadas se entiendan como un ataque a la libertad personal. En el siglo XXI, los intereses de los individuos parecen estar más lejos que nunca de los colectivos. Unos y otros no tienen ni responden a los mismos criterios y, por tanto, pueden entrar en conflicto.

En tiempos de pandemia es necesario entender que la libertad de cada persona acaba donde comienza la salud de los demás. La gran lección de 1918 fue que la responsabilidad individual tiene consecuencias colectivas, y debemos ser conscientes de ello; pero, al parecer, los olvidos nos persiguen y están marcando la agenda. **LPyH**

NOTA

¹ Debido precisamente a la pandemia, la edición del presente número se retrasó. De ahí la inclusión de estos datos posteriores a la fecha de portada.

Luis J. Abejez es doctor por la Universidad de Barcelona. Investigador en el Laboratorio de Patrimonio y Turismo Cultural de la Universidad de Barcelona y la Red Ibertur. Actuales áreas de investigación: Demografía histórica (siglos XVIII-XX); Arqueología histórica, afroamericana y del colonialismo; Salud y enfermedad.

Silvia Ma. Méndez Maín es doctora en Historia y Estudios Regionales por la UV. Profesora-investigadora en el IHH-S de la UV, SNI-I. Líneas de investigación: Demografía histórica y epidemias (siglos XVIII-XX); Empleo, envejecimiento y sistema de salud; Familia y vulnerabilidad en el área rural y urbana en el estado de Veracruz.